

# La mirada. Textos sobre cine

Título:

A vueltas con Travolta

Autor/es:

Cardín, Alberto

Citar como:

Cardín, A. (1978). A vueltas con Travolta. La mirada. (2):73-73.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41570>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



# A VUELTAS CON TRAVOLTA

## (Fiebre del sábado noche)

Alberto CARDIN

Cuando Paco Blanco se había cansado ya de ponernos los dientes largos con la fotostampita de John Travolta —en la indefectible compañía de Farrah Fawcett Majors—, y ya nos teníamos bien aprendidas, y bien bailadas, las canciones de la banda sonora, llegó por fin la película. Y todos los chorros vallecánicos, o los de S. Andrés, los jóvenes trajadores y parados del cinturón periférico de las grandes ciudades, los que bajan a merodear por Ramblas los sábados por la noche, y terminan a las tantas tirados por una u otra discoteca, o a la puerta del drugstore, o en la cama de alguna carroza para hacerse algo de pasta para el día siguiente con la novia; todos los que desde el 69 en adelante no han cambiado el atuendo sobre el modelo negro-macarra-que-compra-en-Times-Sq. comprado con el primer dinero del mes en Samblancat, y ahora mepiezan a pasarse al punk con las gafas negras de vigor y una corbata estrecha de su padre, todos ellos y las locas enamoradas de Travolta, y algún que otro curioso, corrimos a ver **Saturday night fever**, con la fiebre de vernos unos a otros, en tanto los críticos montaban en cólera.

Mientras los periódicos americanos y franceses hablaban del mito Travolta, de la "travoltité dans les magasins" (nada que ver con el estilo cheli macarra-brooklyn, y sí mucho con el estilo loca-mercadillo—village), y las revistas del corazón comenzaban a balancearnos con el love-story de Travolta y su difunta esposa física, o con el terror de las casas de seguros por su afición aviadora, los críticos serios del país comenzaban a hablar del fenómeno sociológico de las discoteques, a echar pestes contra Travolta y Badham, a situar la película en el capítulo de las "no recomendables", y hasta a hacer hermosos pareados como el de Cid Cañaverall desde el bordillo ("el hortera florece en primavera"), o montárselo de Sixto V. Montalbán con los concursos-disco-travolta paralelos y concomitantes al film.

El film, tácita o explícitamente todos lo reconocen, es artísticamente irrelevante, es decir, carece de trascendencia, es un puzzle de trozos de **West-Side Story**, **Rebelde sin causa**, **Rocky** y qué sé yo cuantas cosas más. Moralmente es abominable, con ese catolicismo totalmente aceptado y asumido (lo de la cruz, al parecer, fascina especialmente al crítico de **Cahiers**), la familia, el trabajo, la evasión del sábado, la chica fina-basta ("distingué, mais pas vraiment"), el cura a lo Jason Miller/exorcista, y el final semi-feliz en Manhattan. Filmicamente, ya no digamos ¿sabían ustedes lo que es un "disco-film"? Pues éste lo es, ni más ni menos: un disco hecho en función de la banda sonora y de los sitios donde esa banda sonora es función del pincha-discos. Bien, todo eso y mucho más.

Más, como por ejemplo: ¿está más bueno John Travolta o Sylvester Stallone, en plan latín guy barriobajero? ¿es más fuerte Travolta o Robert de Niro en plan taxi-driver levantador de pesas? ¿es más ágil y más flexible Travolta que Chakiris? ¿es la síntesis lograda de Bruce Lee, Al Pacino y el Stallone? ¿tiene más paquete que Ryan O'Neil o mejor calidad de piel que Joe D'Allessandro? ¿Será el nuevo mito juvenil de nuestro tiempo?

**American Graffiti** era una época crucial, casi un todo-artístico unido a lo típico-social, y además un Lucas aún no galactizado. En **La fiebre del sábado noche**, en cambio, el entorno social no es más que un motivo de encuadre, la ocasión contextual de lo que ocurre dentro de la discoteca, que tampoco es mucho: total, unos cuantos numeritos de baile, no muy buenos de Travolta, y unos someros ensayos con la Lynn Gorney, ajada ella y bastante repelente ¿que más puede decirse? Pues sencillamente, que si una película levanta tal cúmulo de comparaciones, dimes, diretes, y diréisme, o bien uno se lo pasa bien fuera del cine con sólo oír toda la chácara, o bien no tiene lugar al reposo dentro de la sala acumulando, trasponiendo datos, moviendo el esqueleto sin moverlo al ritmo de los Bee Gees, etc. es decir, acumulando aquella suma de sensaciones que a nivel psicológico dan como resultado eso que se llama placer, aunque sólo sea el placer del reconocimiento.

Pero es que, además, si a estas alturas alguien espera del cine de Hollywood otra cosa que variaciones mínima sobre un repertorio inmóvil de temas y códigos, espera no otra cosa que la ilusión y el engaño, o la pseudo-denuncia moral vehiculando la más barata de las perversiones voyeur: **Buscando a Mr. Goodbar**, de Brooks, por ejemplo. En SNF, a este respecto, el engaño es mínimo, ya que nadie va a ver otra cosa que lo que ya sabe, a verse a sí mismo en lo que ya es o desea ser: ¿redoblamiento de la ilusión especular? Tal vez, pero sobre una ilusión que es la necesidad misma. ¿Será mejor tal vez **Las rutas del sur** o **La Batalla de Argel**, o bien el cine de W. Nekes que hace poco hemos visto en Filmoteca? Tal vez películas como SNF nos enseñen que frente a las alternativas metafísicas a que hasta hace tan poco veníamos acostumbrándonos, lo importante al ver una película es, o bien gustarla sin más, o poder mantener un discurso autónomo al respecto.